

UNA GRAN FIGURA LITERARIA

Hace algún tiempo que me desasosiega una gran figura literaria; la de Sainte-Beuve. Años hace que el eminente crítico sucumbió, y me parece llegado el momento oportuno de decir, acerca de él, lo que piensa conmigo la generación presente. Pero, á la verdad, quien menos nos interesa es Sainte-Beuve: lo más interesante para nosotros es analizar el importante papel, por él desempeñado, en nuestra literatura de los últimos cincuenta años. Porque es indudable que Sainte-Beuve ha perso-

nificado una etapa literaria, la más interesante y decisiva de nuestros tiempos.

La crítica de este crítico se impone hoy, para señalar dónde se hallaba él hace veinte años y dónde nos encontramos hoy nosotros.

Desde principios del siglo, los períodos literarios se suceden con precipitación asombrosa. Cada veinte años el terreno social, como las obras que él produce, se modifican de tal manera, que es utilísimo y por demás instructivo hacer el balance de cada período recorrido, á fin de poder determinar el que le ha de seguir. He aquí, pues, por qué yo me contraigo á Sainte-Beuve sintetizando, como sintetizó á mi juicio, su época literaria con gran inteligencia y con esfuerzó de sinceridad inimitable. Estudiando á Sainte-Beuve, obtendremos el exacto conocimiento del espíritu de la época que abarca, desde el año 1825 al año 1870. Bastará al objeto, reconstruir de nuevo algu-

nos de los procesos literarios—en los cuales creyó Sainte-Beuve haber dicho la última palabra—para deducir si ha ó no lugar á admitir sus juicios. Para tal labor, apoyaremos en documentos ciertos nuestros modos de pensar actuales. Será, pues, éste el pasado comentado y juzgado por el presente.

Claro es que yo no me voy á ocupar más que de Sainte-Beuve crítico, dejando á un lado al poeta, al novelista y al historiador. Del mismo modo excogitaré, de entre el gran cúmulo de artículos escritos del momento por Sainte-Beuve, los que publico acerca de algunos de sus contemporáneos, para hacerme entender en materia de todos conocida. Porque lo que importa es colocar al crítico moderno frente á frente de la moderna producción; es decir, á Sainte-Beuve juzgando á los más ilustres escritores de su tiempo. Si yo me decido á examinar algunos de sus estudios sobre las obras de los siglos pasados, no será más que por

BIBLIOTECA ALFONSIANA
MUSEO HISTÓRICO

buscar el origen de sus opiniones y mejor explicar sus tendencias, dentro del grupo literario en que sobresalió. En una palabra: voy á procurar sorprenderle en ese momento histórico, de tanta enseñanza para la crítica francesa, cuando comenzaron á separarse con Sainte-Beuve del oneroso yugo de la metafísica y de la retórica, aceptando la obra de los tiempos modernos, no sin hacer á cada paso sus retrocesos á través del pasado. Nada mejor que este proceder señalará la gran ventaja del punto de mira naturalista, por el cual se dirige nuestro siglo á pasos de gigante.

I

Sainte-Beuve mismo ha escrito esto: «Para el conocimiento del hombre no

se ha tomado por punto de partida otra cosa, casi siempre, que sólo su espíritu. En tanto no se hayan hecho sobre un autor cierto número de indagaciones, no es posible conocerlo por entero. ¿Cómo piensa en materia de religión? ¿Cómo siente la naturaleza? ¿Cómo se ha conducido en el capítulo de las mujeres? ¿Cómo sobre el artículo del dinero? ¿Es rico? ¿Es pobre? ¿Cuál es su manera de vivir ordinaria? etc. Ninguna de las respuestas á estas preguntas, es indiferente para juzgar al autor de un libro y al libro mismo.»

Bueno: pues aplicando á Sainte-Beuve el método de Sainte-Beuve, este método, que ha servido de base á la crítica científica, se hace preciso empezar nuestro trabajo por algunas consideraciones biográficas. Mucho se ha escrito acerca de Sainte-Beuve; pero, á la verdad, ninguno de los escritos publicados han causado tan honda sensación como el volumen, recientemente dado á la estampa por M. A. J. Pons, titulado:

Sainte-Beuve íntimo (1). M. Pons fué uno de los numerosos confidentes de Sainte-Beuve, circunstancia que da cierta autenticidad á sus noticias. Lo que con más ahinco parece trata de señalar M. Pons en su libro citado, es el temperamento amoroso del eminente crítico; es decir, la gran influencia en él ejercida por la mujer. M. Pons parece haberse propuesto responder á Sainte-Beuve, á esas mismas cuestiones que él ordenó y llevó á cabo en parte, al tratar de cada autor sometido á su análisis. ¿Cómo se condujo Sainte-Beuve en el capítulo de las mujeres? Y M. Pons nos responde con tal lujo de detalles, con tal abundancia de documentos, que han llegado á ser motivo de escándalo

(1) *Sainte-Beuve y sus inconnues*, dice el texto. En la imposibilidad de adaptarlo convenientemente en castellano, hemos adoptado *Sainte-Beuve íntimo*, porque, en realidad, el libro de M. Pons, á que se refiere Zola, no es otra cosa que una parte de las *Memorias íntimas* del eminente crítico.

para muchos, creyendo que así se profanaba la memoria de un muerto ilustre. La nota sensible me es indiferente, y, por mi parte, prometo no terciar en el debate. Ahora bien; lo que hace falta averiguar es si esos documentos que M. Pons nos presenta son auténticos. Efectivamente; son de una autenticidad irreprochable. Porque M. Pons, con muy buen acuerdo, se ha contentado frecuentemente en su libro con dejar la palabra al mismo Sainte-Beuve. El es, pues, quien nos da su propia autobiografía en fragmentos, todos ellos interesantísimos, engendrados en los momentos en que el hombre sentía la necesidad de expansionarse confidencialmente. Por otra parte, y aun que esto no existiera, Sainte-Beuve se ha reflejado lo bastante en muchos lugares de sus escritos, si bien procurando ocultarse tras transparente velo. El trabajo, de pura compilación, hecho por M. Pons, podía haber sido hecho por todo el mundo; pero al fin él nos

ofrece absoluta certidumbre. En cuanto á lo demás de la obra, el biógrafo parece haberse atendido solamente á los hechos por él conocidos ó presenciados, viviendo como vivió en la intimidad de Sainte-Beuve. Y, sin embargo, ciertos hechos del eminente crítico que M. Pons nos cuenta, han sido rebatidos calurosamente por otros confidentes que acusan al biógrafo de haber adulterado ó cambiado las cosas. La materia es delicada. Pero más adelante veremos de qué parte se halla la razón.

Después de todo, no es mi intención aprovechar en este estudio los detalles puramente episódicos. Me contentaré sólo con los grandes rasgos, porque hay en éstos terreno bastante sólido para el análisis. Lo que nadie podrá negar es el papel importantísimo que la mujer ha jugado en la vida de Sainte-Beuve. Ya él era de complexión galante, en el verdadero sentido de la palabra, y nadie comprenderá bien su temperamento literario, que no analice su

temperamento amoroso. Sainte-Beuve era todo un femenino (1); como tal se ha caracterizado en el escritor como en el hombre. M. Pons nos relata la serie de sus amores: un primer afecto de niño sincero al principio, después los desbordamientos del joven abandonado al vicio de las seducciones callejeras de París; más tarde un efluviio de pasión que tuvo por un momento grande influencia sobre sus creencias literarias y religiosas; luego buscó afanoso el tibio nido de los *ménages à trois* (2): él añade una unión mundana á seguida de una tentativa de casamiento que

(1) *Femenin* dice el texto. El autor usa de esta palabra en el sentido de gran sensibilidad física y psicológica, no en el concepto de adorado, como pudiera suponerse.

(2) Hemos conservado la frase en su originalidad por ser una de las más características del gran mundo parisién. Significa la triple colectividad de la mujer, el marido y el amante viviendo en plácida conformidad bajo el mismo techo.

fracasó, y mientras llega la edad de la reflexión se suceden una serie no interrumpida de ayuntamientos con queridas y muchachuelas vividoras, sin perjuicio de los encuentros fortuitos de la calle. El caso fisiológico es patente y se nos presenta como el caso más notable que yo conozco. Sainte-Beuve se parece mucho al barón Hulot de Balzac; pero, entiéndase, aludo en cuanto al desenvolvimiento de la pasión y no al del drama. Si me decido á hablar de asunto tan delicado no es como crítico, sino como novelista. ¡Y qué documentos más preciosos, al efecto, nos suministra el libro de M. Pons! Nosotros somos incapaces de inventar nada parecido. Es preciso haber sentido palpar la naturaleza viviente para crear tal drama humano, basado en hechos tan simples. Sí; he aquí la novela que yo pienso escribir ahora: una simple biografía, el análisis de un hombre.

Nada más curioso, al efecto, que las

relaciones de Sainte-Beuve y Jorge Sand. Ella ama á diversos y él nunca fué más que el amigo complaciente de la autora de *Mauprat*. «Después que Sainte-Beuve se hubo dado de baja, á sí mismo—dice M. Pons—reservósele el papel de confidente, de consejero, de confesor... y no oso decir más: bien que será difícil contener la sonrisa al considerarle desempeñando tales servicios. Pero si él no se hubiera apresurado antes de morir á publicar las cartas que escribiera, sin duda con el consentimiento de Jorge Sand, jamás se hubiera enterado nadie hasta qué punto ellos habían llegado, el uno en su complacencia, y la otra en su despreocupación.» En los extractos que siguen veráse á Jorge Sand pidiendo á Sainte-Beuve que procure atraerle sus amigos, y discutiendo si ella ha de decidirse por Alejandro Dumas ó por Alfredo de Musset, pareciendo por fin inclinarse hacia Jouffroy, el filósofo, para luego caer del lado de Musset. En

cuanto á Sainte-Beuve, parece complacerse en proporcionarle el amante deseado, desde el momento en que ya él no puede serlo. Este es un placer, que conocen muy bien los femineos, esos que viven eternamente entre las faldas de las mujeres. Ocuparse del bien de los otros, servir de intermediario en las intriguillas amorosas, atraer al amante rehacio, rendirle homenaje y conmoverle si se halla frío, lleno de gratitud y los ojos humedecidos por la ternura.

Esto es una *buenahombria* voluptuosa que delinea un temperamento. M. Pons cita á su vez estas líneas de Sainte-Beuve: «Algunas veces me hago la ilusión de Eliseo: cada uno de nosotros busca afanoso los dispersos restos de un grupo querido, al cual trata de unirse: el grupo mío, ya lo he dicho diferentes veces, es el de los adúlteros (*moechi*), esos que son tristes como Abbadona, misteriosos y soñadores hasta en el mismo seno del placer, y que vi-

ven siempre en una voluptuosa ternura.» Esto es toda una confesión; qué digo, más que una confesión, todo un desbordamiento de amorosa poesía. Sainte-Beuve, mucho más que un poeta fatalista, poseído de la melancolía romántica, parece á un hombre que pretende instalarse en familia en busca sólo de su bienestar. M. Pons le pinta así: «Obteniendo poco, demanda menos, y por tanto, se halla satisfecho.» Tal se nos muestra en estos misterios de la alcoba donde él nos introduce. Jamás le he contemplado, mordido el corazón de la rabia celosa de Feydeau, tan pomposamente descrita en Fanny. Muy al contrario: el esposo, en su majestad olímpica, sólo le inspira deferente respeto. ¡Con qué arte sabe introducirse en su confianza! ¡Con qué sutileza sabe endulzarle la amarga copa! Sólo los que le hemos visto en acción podemos saberlo. El *foyer* que caldea sus sentidos y conmueve su ternura, es para él cosa sagrada. Ante la

superioridad del marido, Sainte-Beuve se inclina humilde, haciendo sonar en su holocausto la aduladora trompeta, y repite sus dichos y palabras como el eco engañador. ¡Qué retrato más admirable del amante ilustrado, del amante conteniendo las violencias de la pasión, contrariando su propia naturaleza, doblegándola á todas esas sutilezas culpables que constituyen el embeleso de su vida. Pero es preciso ir hasta el fin. A medida que Sainte-Beuve envejece, los documentos se hacen más interesantes. He aquí un hecho para ejemplo. Sainte-Beuve vivía con una jovenzuela, hija de familia, que, al fin de algún tiempo, sucumbe de una afección al pecho. Al instante se presenta el padre, un aldeano...; pero dejo hablar á M. Pons: «En cuanto expiró la joven, presentóse el padre reclamando su parte de herencia, los tapices, los muebles... ¡qué sé yo!, á pretexto de que su hija había juntado sus bienes, su fortuna, con la del amante:

amenaza con entablar un proceso si no se le atiende, y aprovechándose de la inexperiencia de Sainte-Beuve en los negocios, consigue arrancarle doce mil francos.» Esto es Balzac puro; y eso que Balzac, en sus obras, no fué tan lejos en la rapacidad de un padre y en la turbación de un amante que paga por evitar un escándalo. Todo nuestro temperamento de novelista se enardece ante documento parecido: he aquí la verdad en el hombre; he aquí la descomposición producida en el mecanismo social al ímpetu de una pasión. Nosotros no hacemos más que señalarla. En casa de cada hombre, el hecho solo tendría el valor de un documento aislado: en Sainte-Beuve, este documento tiene una significación más interesante, más trascendental, puesto que es un elemento de análisis, obrando en momento determinado sobre un hombre de letras, del cual estudiamos la inteligencia.

Tomaré ahora de M. Pons una anéc-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

dota. Hallábame una noche en el Teatro Francés con Sainte-Beuve y una dama, querida de éste. M. Eduardo Thierry, á la sazón director del teatro, vió al ilustre crítico instalado en un mal palco, y vino á ofrecerle otro mejor. Yo cito: «Levántase Sainte-Beuve para descender: el galante director ofrece el brazo á Jenny; Sainte-Beuve les sigue, llevando con toda precaución y miramiento el abrigo y el sombrero de la amiga: yo cerraba la marcha... pero sin llevar nada, como el tercer paje de Marlborough, pero considerando entre mí qué distinguidos privilegios consigue en París la juventud y la belleza: porque esta mujer, á quien estos dos hombres sobresalientes prodigan ahora sus atenciones y homenajes, mientras ella los acepta pavoneándose por los corredores dándose aire de duquesa, era la misma que yo había visto, la noche antes, en el baile Constant, ¡y Dios sabe lo que es este baile!, polcando furiosamente y amorosamente

estrechada por los brazos de un Alfonso de *barrera*. » (1).

¡Qué precioso estudio humano! ¡Qué caso más bello para el análisis! ¡El hecho es demasiado realista para que no sea exacto! Voy escogiendo las citas de modo que no pueda darse por aludida ninguna personalidad: porque hay en el libro de M. Pons otras escenas en las cuales los personajes que en ellas fueron actores aún viven. Pero volvamos á los grandes rasgos del carácter de Sainte-Beuve, que son los únicos que me son necesarios al fin del presente estudio.

Lo que en Sainte-Beuve es eterno es el deseo de la mujer, pero es menor el deseo físico el que en él domina que el deseo de conversación y compañía. A Sainte-Beuve le es necesaria la mujer hasta en el aire que respira; vive beatíficamente en medio de ellas, y

(1) Como si dijera hombre de *barrio bajo*, amante soez y chabacano.

cuanto más, sólo se contenta con el aroma, con un gracioso gesto, con escuchar su voz. Ha realmente vivido entre la sociedad de las mujeres; sus relaciones de pura complacencia con Mad. Sand, son típicas. En adelante, sólo siente por las jóvenes que entretiene ternuras de padre: se le vuelve á encontrar embebido en esta adoración sexual pasiva, en los hogares donde él hace su nido y en las demás relaciones mundanas que añade. Lo brutal de la pasión no aparece en él sino cuando aguijón más excitante le arroja á la calle tras la conquista del vicio. Una célebre princesa decía de él: «¡Oh! ¡Sainte-Beuve es un hombre á ellas!» Y la expresión es exactísima; porque él las ama á todas, vivió de su aliento y se hizo su doméstico cuando ya no puede ser su amante.

Réstame un último análisis sobre este punto. Sainte-Beuve, jovenzuelo, vive libre y á su gusto en una honestidad perfecta, rindiendo su intelligen-

cia un alto respeto al talento y al trabajo. Solamente que, según yo creo, fué á buscar en su temperamento amoroso el rasgo característico de su talento de es ritor. Le he llamado femenino; su flexibilidad de criterio, su honor por los extremos, su gusto por los matices, un refinamiento de análisis y estilo complicado, apoyan mi convicción. Añádase á esto el deseo constante de obtener la verdad en esta naturaleza de gata dengosa, rasguñadora y ronronante (1), y obtendréis la confirmación en el caso de Sainte-Beuve. Domina en él una inteligencia, aun en medio de los mayores transportes del deseo físico; jamás una aventura amorosa le ha hecho perder una hora de trabajo; esto es lo que más prueba el egoísmo de su pasión. El amante vive al lado del marido sin sentir el acicate de los celos; nunca

(1) Del *ron-ron* que hacen los gatos cuando se hallan satisfechos.

se deja avasallar por las catástrofes fatales de sus enlaces mundanos; y si al pronto siente la herida, presto recobra la calma en su querido gabinete de estudio. He aquí, pues, á Sainte-Beuve de cuerpo entero: casero, viviendo con sus libros, adorando el mundo, sobre todo los salones donde reencuentra á las damas, atrayendo diariamente mujeres á su lado como cualquiera otro mete flores en un búcaro, que coloca sobre la mesa de trabajo, prosiguiendo tranquilamente la página comenzada, sea que él vuelva del lío mundano ó del vicio de la calle, sea que él vuelva de la morada vecina donde encontró un serrallo á su gusto. El deseo de comprender y de esprimir eso que él creyó siempre la verdad, resta en definitiva al maestro después de la crisis de sus sentidos ya calmados. No guarda en sí más que una especie de dulce sensación de la última frase, más que una como percepción ligera, aminorada y apenas latente, que una

representación visible del aroma de la mujer, del que se halla saturado merced al continuo contacto con ellas, gozando sus caricias, sufriendo sus perfidias y sus cóleras nerviosas. Vuelve, pues, á encontrarse la mujer, en ese amor de la gracia que él ha confesado en todo tiempo; como si la mujer, que nada entiende de esa su comprensión extraña, engrandeciendo más y más el dominio de sus sensaciones, no hubiera muerto en él más que una cosa: el sentimiento y la admiración de la fuerza. Esto es lo que vamos á tratar de investigar en seguida.

Pero antes voy á indicar brevemente las grandes fases de la vida de Sainte-Beuve, que han podido tener alguna influencia sobre su talento crítico.

Después de haber hecho grandes estudios, dedícase algún tiempo al conocimiento de la medicina; el analista y el anatomista parten de aquí. Apasionase en seguida por el griego y trata

de penetrar la antigüedad en su realidad viviente.

Puede decirse que, desde este momento, Sainte-Beuve se sitúa en equilibrio en medio de esa literatura clásica hacia la cual le inclinan sus estudios preparatorios, y esa otra literatura moderna que, en su examen de las ciencias, acierta á ver como próxima al triunfo. Sus artículos nos lo mostrarían siempre titubeando, salvándose á fuerza de equilibrio, aclamando las obras modernas, y luego, horrorizado, retrocediendo hacia las obras del pasado donde cree hallar reposo. Su hervor de fiebre romántica no fué más que un momento de pasión, de la cual logró curarse en breve. El poeta fué avasallado por el crítico, por el curioso investigador á quien consume el deseo de saberlo todo, de darse explicación de todo. De aquí sus cuarenta años de crítico periodista, juzgando las publicaciones al día. Hoy por hoy, sólo la memoria del crítico sub-

siste; apenas nadie recuerda al poeta y al novelista; pocos tienen presente al maestro y se han olvidado por completo del historiador de Port-Royal, para ocuparse exclusivamente del crítico, que ha legado sus juicios al por mayor sobre nuestra literatura, si bien no completos y decisivos. Creo innecesario precisar más la vida de Sainte-Beuve, como por ejemplo: su paso por la biblioteca Mazarino; sus lecciones en Génova y Bruselas; su curso del colegio de Francia, interrumpido por un tumulto; su ingreso en la Academia; su asiento en el Senado, donde su defensa de Renan produjo un soberano escándalo; sus alardes de libre pensador que fueron imitados por la juventud escolar, etc.; es, en fin, su existencia entera, la de un escritor que da dictadura al libre examen, haciendo progresar las letras, después de todo, á impulsos de ese afán de la verdad que alimenta su vida entera. Sainte-Beuve es un hombre de salón á la vez

que de biblioteca, un pié en el antiguo régimen y otro en el moderno; regodéale verse recibido en ciertas mansiones aristocráticas y desdeña lo que á la inteligencia no engrandece. En Sainte-Beuve había, lo repito, una extraña mezcla de pasado y de presente. En resumen: Sainte-Beuve señala en la historia de la crítica francesa un período de transición.

Esto último es lo que me propongo demostrar en adelante, apoyándome en documentos de certeza indestructible.

II

¿Qué idea tenía Sainte-Beuve acerca de su papel de crítico? Encuentro datos preciosísimos, al efecto, en un artículo suyo publicado sobre Boileau. «Boileau—dice—es uno de los hombres que más me han preocupado des-

de que me dedico á la crítica, y con el cual más coincido yo en ideas. Pienso muy á menudo en lo que él significó, recordando al propio tiempo lo que ahora nos falta.»

El sentimiento de Sainte-Beuve, sutilmente exprimido, es en este caso, no me cabe duda alguna, el de no haber podido él desempeñar, durante el período romántico, el papel que Boileau desempeñó, según Sainte-Beuve, durante el período clásico del siglo de Luis XIV. Su teoría es que Boileau ha resumido todo su siglo. «Los grandes talentos de su tiempo y sucesivos no le han rendido el debido tributo en lo que realmente ha constituido su más legítima gloria. Y sin embargo—yo así lo creo—Racine no hubiera pasado de *Beracine*, Lafontaine de sus *Fábulas y cuentos*, y aun el mismo Molière de sus *Scapins* (1), alcanzando después

(1) Hombres intrigantes: especie de bufones de la comedia italiana que Molière introdujo en la escena francesa.

la altura del *Misántropo*. » A la verdad que esta hipótesis, si muy seductora, es bien irregular. Nada más contrario á la verdad que suponer, como lo hace aquí Sainte-Beuve, que sin Boileau los genios de Molière, Lafontaine y Racine no hubieran podido llegar á desplegarse por completo. Atribuir á la crítica, aun á la crítica más sensata, tal influencia, me parece del todo exagerado; tanto más, cuanto el crítico — como le nombró Sainte-Beuve — es simplemente un retórico. Sainte-Beuve, siempre refractario á las hipótesis, nos encaja aquí una de marca mayor.

Pero lo más interesante está en las líneas que siguen.

«¿Saben Vds. lo que les hace falta á los poetas de nuestros días, sobrados por otra parte de facultades naturales, de esperanzas é imaginaciones sorprendentes?... Pues un Boileau y un rey ilustrado; el uno apoyando y consagrando al otro. Hoy los hombres de talento se mueven en medio de un si-

glo de anarquía é indisciplina, y ó se dirigen hacia el porvenir sin rumbo fijo, ó se dejan llevar, no como nobles genios, ni aun como hombres, sino como escolares. Ya estamos viendo el resultado. » Todo esto es radicalmente falso. Dejo á un lado lo del monarca ilustrado y voy á lo que interesa: imaginar un Boileau viniendo á imponernos la ley de 1830, es una idea indigna de un crítico que conoce la historia y que se da clara idea de los grandes movimientos literarios. Los Boileau sólo aparecen después de las grandes revoluciones literarias, cuando ya se ha conquistado el terreno y se hace preciso un sistema de buena policía. En 1830, un Boileau hubiera parecido tan fugaz como el relámpago, aun admitiendo que el tal pudiera producirse: porque cabalmente el motín tenía por objeto echar abajo las fórmulas de todos los Boileaus pasados y presentes. Así, pues, nada hubiese conseguido quien tal imposible intentara: hubiese servi-

do tan sólo de mofa y escarnio, y quizás pasada la tormenta, él mismo se hubiera abandonado á la invasión, como le ha sucedido á Sainte-Beuve mismo. He aquí la verdad de los hechos.

De todas estas hipótesis deslumbradoras del eminente crítico, puede deducirse que Sainte-Beuve soñó con ser el regente de nuestra literatura. La crítica fué para él arma que corrige, palmeta con que procuró en vano corregir á sus contemporáneos calentándoles los dedos para procurar la enmienda. Clama en nombre del buen gusto, y pretende imponer sus decretos. Es la misma idea de La Harpe: luego veremos aparecer la concepción de M. Taine. Puedo asegurar, entre tanto, que Sainte-Beuve se agitó entre ambos. Es la transición de la crítica pedagógica á la crítica científica.

Veamos de aclarar en lo posible eso de la crítica que corrige.

Cierto, sí, corrige; pero entendámo-

nos. Cuantas veces se demuestra la verdad de su objeto, esa verdad tiene una utilidad práctica. Así, pues, he aquí que Sainte-Beuve en nada ha imitado á los románticos. Cuantas verdades él les dijo, germinan hoy en contra arrancando á la nueva generación de la corriente de lirismo del año 1830. Pero, en realidad, jamás esas verdades han existido, y, por tanto, no han podido ser útiles á los románticos. Ni un escritor de genio, ni un gran talento literario, corrigen; porque sólo la personalidad es la que impone los defectos como las buenas cualidades. Los que pueden corregirse á impulsos de un escritor de genio y de un talento literario sobresaliente, no son más que torpes medianías, cuyo temperamento es de cera; y poco importa si los mediocres son ó pueden ser más ó menos mediocremente perfectos. Y al fin venimos á parar á esta conclusión: que estimar la crítica por el lado más insignificante y pretender sacar de ella

un provecho problemático; supone que puede convertirse en maestro de los contemporáneos. El gran papel suyo es abrazar toda una época, ver de dónde viene y á dónde va, decir claramente lo que ella significa, no para cambiar un ciclo literario, pardiez, porque tal labor es imposible, sino para que la generación del mañana disfrute el espectáculo verdadero de la generación del presente. Sondead el precipicio del romanticismo, y seguramente que no podréis evitar ya que un solo romántico dé su última voltereta; en cambio podréis detener al borde del abismo á la juventud que por vuestro lado pasa. No otra misión tiene la verdadera crítica.

Hay que tener en cuenta, que el artículo citado sobre Boileau data del año 1852, y no es, por tanto, uno de los primeros trabajos del crítico. Sainte-Beuve, á medida que avanza en edad, adquiere más flexibilidad de espíritu y gana en comprensión; pero avanza

poco en el verdadero sentido moderno; muy al contrario, se retrae con más vivacidad hacia el pasado curso, asustado del presente, protestando contra un espíritu literario que él mismo vió nacer y en el cual ha tenido alguna parte. El que tanto se paga de abrir su inteligencia á las cosas más contradictorias, de poder dirigir su vista en todos sentidos, se inquieta ahora, vacila y no quiere ver más. Volveré sobre este caso singular, que es el fundamento del presente estudio.

Sin duda que Sainte-Beuve no carecía de condiciones para ser, como él pretendía, la entidad directiva de las letras modernas. Su amoroso temperamento estaba lejos de poder convertirle en un escritor arrogante y pedantesco, que usase de la literatura híbridamente. Vésele en su crítica, sobre todo la enderezada contra ciertos grupos literarios, usar la detracción minuciosa é insinuante, acompañada de la más perfecta política, preñada de dis-

creteos flageladores, difrazando tras una continua sonrisa lo severo de los juicios.

Sainte-Beuve nos habla continuamente en sus artículos del gusto, del tacto, de la medida, no comprendiendo nunca, á pesar de sus esfuerzos de sinceridad, la potestad de la exactitud científica, la pasión rígida por la verdad aquilatada hasta poderlo decir todo sin ambages. Eso sí; nos deja entreverlo todo, pero entre sombras, diluyendo sus juicios entre líneas para que los adivinemos. Para desentrañar bien los artículos de Sainte-Beuve, es preciso conocer, antes que lo que critica, el sujeto á que se refiere. Frecuentando constantemente el mundo del arte, huésped asiduo de los salones, pasa el tiempo del estudio de los libros á la conversación con las damas, sin disfrutar de la vida múltiple del gran París, sin estudiar al hombre entre los hombres. Sainte-Beuve habla más que juzga. Todo rigor positivista se con-

turba cuando se interpone entre las placenteras fluctuaciones de su flexible espíritu, produciendo elementos fijos. Podría multiplicar las pruebas al caso; pero me contentaré con copiar algunas líneas en donde él mismo define muy bien el espíritu literario que le anima.

«El espíritu literario—dice—con su vivacidad y su gracia, consiste en saberse interesar por eso que agrada en una delicada lectura, y por eso, que después de todo, es inútil en sí mismo y que sólo gusta al sentido vulgar, eso que no apasiona por un fin provechoso y positivo, eso, que no es otra cosa al fin, sino el adorno, la flor, la superfluidad inmortal y fugitiva de la sociedad y de la vida. El amor de las letras, en las edades de bella cultura, supone tiempo, curiosidad y desinterés; también supone exquisito gusto y libertad para ir en todos sentidos.» He aquí á Sainte-Beuve todo entero: él comprenderá á todo el mundo, pero jamás entenderá á Balzac. He aquí, pues,

al hombre que, en su efervescente curiosidad, ha fundado la crítica científica. Desentendiéndose de la gramática y de la retórica, ha comprendido al fin que era necesario, ante todo, conocer al hombre si ha de comprenderse al escritor. Son los mismos principios de esa crítica científica que más tarde M. Taine vino á concretar en fórmulas; crítica que se encuentra en Sainte-Beuve diluida en el gran número de sus artículos.

Voy á tomar de aquí y de allá algunos pasajes.

«Es utilísimo — dice — tomar las cosas del principio, sobre todo cuando se tiene la facilidad de estudiar al escritor distinguido y superior, en medio de su país y de su propia raza.» En otra parte escribe: «No seré yo quien vitupere al crítico que nos señale, con detalles precisos, la fisiología de un autor, y los grados de buena ó mala salud que influyen directamente sobre su moralidad y talento.» En otra par-

te, y esta cita es singularísima: «La mayor parte de los hombres aman poco la verdad, es decir, ese conjunto de cualidades y defectos, de vicios y virtudes que constituyen la verdadera personalidad humana. Ellos ven al hombre y á sus bienes á través en un espíritu, ó todo ángel, ó todo demonio. Esto es equivocarse la idea del hombre; es lo mismo que mirar en un espejo la cara de un muerto. ¿Por qué retroceder ante la expresión entera de la naturaleza humana en toda su verdad? ¿Por qué desvirtuar el retrato afeándole ó hermoseándole? De ese modo haremos el ídolo; jamás conoceremos el hombre.» Desde este punto, lo afirmo, la crítica científica es un hecho. Una obra no será ya un libro de estilo sobre el cual combatan gramáticos y retóricos: toda obra es el producto de un hombre, de un temperamento, que es preciso analizar si quiere irse del productor á lo producido. De aquí la manera de proceder de

Sainte-Beuve en adelante: todo escritor que toma por su cuenta, no se contenta sólo con leer sus obras; reconstruye su época, hace hablar á sus contemporáneos, á los testigos; agrupa documentos de todas clases, los analiza, y no formula su juicio hasta tanto no conoce el temperamento y los hábitos del autor, el tiempo y la sociedad en que ha vivido. Solamente cuando ya el crítico ha reunido los elementos necesarios, cuando ha desnudado á su autor en su presencia, entonces, entonces surge de pronto el femineo con su flexibilidad de espíritu y comienza á perderse desorientado en deslumbradoras finezas, cubriendo con hojas de parra al desnudo, para al fin decirnos todo sin haber querido decirnoslo. El erudito por cima, el anatómico por bajo.

¡Qué contraste y qué choque tan característico el de Sainte-Beuve, al encontrarse, hacia el fin de su carrera, con M. Taine. Este último llega con un

temperamento completamente opuesto al de Sainte-Beuve.

Gran escritor también, poseyendo la sensibilidad viva y nerviosa del artista, mira con desdén sus cualidades puramente literarias, y se somete á la rigidez severa del geómetra y del mecánico. En el fondo, M. Taine, continúa á Sainte-Beuve: no hace sino reducir á fórmulas el método empleado por el primero. Ya conocemos esas fórmulas que someten las obras á la cuestión de raza, de medio y de circunstancias históricas, agrupándolo todo para deducir la facultad inteligente de cada autor. Sainte-Beuve también estudia la raza, el medio y las circunstancias históricas; pero no exige en leyes fijas estas influencias, porque es completamente refractorio á toda síntesis científica, como ya lo hemos señalado. En una palabra: Sainte-Beuve sólo admite lo vago, lo indeterminado, pero esplendoroso, deslumbrador del mundo literario; y la idea de

que un día puedan servirse de sus propios trabajos para introducir en la crítica de las obras del espíritu las severas fórmulas de la ciencia, le consterna y hace retroceder violentamente hasta Boileau, á través de La Harpe. Lo que él defiende con desesperación y contra sus propios estudios, no es más, lo aseguro, que ese mundo refinado donde se agita, sus salones donde discretea, ese mismo espíritu literario de su tiempo, pero basado en el documento exacto y en las ciencias naturales y experimentales.

El choque fué inevitable entre Sainte-Beuve y M. Taine.

El primero persiste en su flexibilidad de espíritu, en su arte de fundir los genios en una sola hornada. Pero á seguida ataca su propio sistema por el punto más flaco. La raza, el medio, considera las influencias ciertísimas, con lo que, como evidentemente deben existir algunas otras causas más, no debe formularse conclusión alguna con

sólo las conocidas. Yo cito: «Lo que ha de responderse á M. Taine cuando formula una afirmación absoluta, es que entre hechos tan generales como el sol y el clima, y un resultado tan complicadísimo y tan diverso como lo es la variedad de especies é individuos que lo disfrutan, ha lugar á concebir cantidad de causas y fuerzas más singulares y más inmediatas que las conocidas; y en tanto no se logre suspender esas causas y fuerzas, nada se ha explicado.» Muy bien si Sainte-Beuve, al refutar las fórmulas tan absolutas de M. Taine, lo hiciera por rendir justo tributo á la verdad. Mas no creo yo fuese este su objetivo. Clame en contra por su capricho, por eso que él cree ser el bello adorno de las letras. En el fondo de la querella hay dos opiniones filosóficas, una frente á otra. Pero sin temor á equivocarme, puedo afirmar que, hoy por hoy, lo deducido por M. Taine es lo verdaderamente útil que en crítica hasta ahora poseemos, á pe-